

Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga. (Mt 11:28)

No obstante que estos tres versículos parecen ser muy sencillos de entender, tienen dentro de sí un caudal de profundidad, que con seguridad los que se han detenido a meditar en ellos han encontrado mucho más de lo que parecen decir a simple vista; desde luego que esto tiene que ser el resultado de inquirir con disposición del corazón delante de Aquél que da la sabiduría y el conocimiento a los hombres (Sal 27:4; Prov 2:6). Así que para este fin, hemos de abordarlos haciendo preguntas a quien las dijo, porque de esto se agrada el Señor, tanto que le dice a su profeta: *Clama a mí, y yo te responderé, y te enseñaré.* (Jer 33:3).

Comencemos por preguntar ¿Quiénes son esos "todos" a los que se dirige el Señor? La respuesta la encontraremos si vamos a las mismas palabras dichas por Jesús: *Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos.* (Mt 9:12); sin duda, esto nos llevará a la conclusión de que delante de Dios no hay ni uno solo que esté exento de la infección del pecado, así que por lo tanto, no hay un sólo hombre que no esté caminando bajo la carga y la aflicción producida por él (Rom 3:23), cosas que muy comunmente sólo apreciamos por lo visible de la vida, sin darnos cuenta que la carga que llevan todos los hombres, es la consciencia de existencia individual que nos hace preguntarnos ¿De dónde vengo? ¿Qué hago aquí? ¿A dónde voy? Esta individualidad se hace patente en el hecho de saber que nadie puede estar en mi lugar, que nadie puede sentir lo que yo siento, que no hay nadie que cuide de mi vida en todos sus detalles (Sal 142:4) y me lleva a ser portador de una cruel soledad interior que intento sobrellevar ocupándome en los afanes de la vida. No es hasta que el hombre reconoce esta carga que oye la voz de Aquél que le dice: *Venid a mí*; y sólo así deja de buscar en los recursos del mundo que le ofertan felicidad; ahora entiende que su cansancio comienza en su interior y que sólo su creador puede darle verdadero descanso. Ya estando frente a él, la pregunta es ¿Qué debo hacer Señor? La insólita respuesta es que se deje atar a un yugo, cuando precisamente es de un yugo de lo que quiere liberarse; no comienza a entender sino hasta que le oye decir: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón*, y hallarás descanso en tu interior; ¿Qué quiere decir esto? No otra cosa, sino que el yugo con el que todo hombre es uncido por naturaleza se llama soberbia, la cual artificioosamente se camufla con falsa humildad, manufacturada por el humanismo y la religión vacía de Dios. La siguiente pregunta es: ¿Cómo es, o cuál es tu yugo Señor? Pareciera no haber una respuesta directa, pero allí está, aparentemente escondida es sus palabras: *Aprended de mí*; ¿Qué es lo que tenemos que aprender de él? Que el yugo que él llevó toda su vida como humano, no fue otra cosa sino el vivir uncido a la fe (Heb 12:1-2); él consumió la fe en sí mismo; porque ésta es lo único que nos puede atar a Dios, y en esto consiste lo fácil de su yugo y lo ligero de su carga; en que por la fe se abre la puerta para que la mano de Dios opere en las pequeñas o grandes cosas de la vida; esto es lo único que explica que aquel hombre de fe haya dicho: *Cuando soy débil, entonces soy fuerte* (2 Cor 12:10); Jesús no dijo: aprendan a ser mansos y humildes, sino: aprended de mí, que soy...; es decir, que viéramos que por la fe su corazón nunca estuvo atado al yugo de la soberbia, lo cual, tiene sumida a la humanidad en el cansancio.

El sentido común de la vida nos muestra que los bueyes, después de haber trabajado uncidos a un yugo terminan cansados al final del día, pero el modo de Dios no está sujeto al sentido común propio de los hombres; él hizo un yugo capaz de proveernos Descanso, aun cuando la carga del día o de la vida haya sido ardua y pesada; sólo así viviremos caminando no sólo en los límites de lo posible, sino en la trascendencia de lo imposible. Vivir por la fe del hijo de Dios (Gal 2:20) no es otra cosa que ser nacidos de Dios; y si nacidos de Dios, entonces hijos de Dios; y si hijos de Dios, entonces participantes de su naturaleza (2 P 1:3-4).

Tu hermano el predicador

Fernando H. Nava